

TRAS LAS HUELLAS DE CRONOS

USOS Y CONCEPCIONES DEL TIEMPO A TRAVÉS DE LA HISTORIA

DIEGO VICENTE SÁNCHEZ
ANA BELÉN GALLARDO BRONCANO
JACOB CLAVEL SÁNCHEZ
ANDRÉS ROLDÁN DÍAZ
(Eds.)

TRAS LAS HUELLAS DE CRONOS

USOS Y CONCEPCIONES DEL TIEMPO A TRAVÉS DE LA HISTORIA

EDITORIAL SINDÉRESIS
2023

1ª edición, 2023

© Los autores

© 2023, editorial Sindéresis
Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2 – 28008 Madrid, España
info@editorialsinderesis.com
www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-10120-12-9
Depósito legal: M-35611-2023
Produce: Óscar Alba Ramos

Portadas: istockphoto.com / ID de la ilustración: 1494069527 / Crédito: powerofforever

Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

ÍNDICE

Presentación 7

Alfonso PINILLA GARCÍA: *El dominio de Cronos.*
Introducción..... 11

I. ENTRELAZANDO HILOS: EL TIEMPO, LA MEMORIA Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA

Mario P. DÍAZ BARRADO: *Historia, tiempo y memoria:*
cómo se percibe el tiempo y cómo cambia el pasado..... 21

Israel SANMARTÍN BARROS: *La “sobreinterpretación”*
en la comprensión de los fines de la Historia medievales y contem-
poráneos..... 41

Marc SORRIBAS VILARROCHA: *Pensar históricamente*
la relación entre pasado y presente. Una mirada desde los
usos públicos de la historia..... 65

Sergio RIESCO ROCHE: *Tiempo y memoria en la*
obra de Julio Aróstegui..... 85

II. PRÁCTICAS Y EXPERIENCIAS DE LA TEMPORALIDAD

Diego VICENTE SÁNCHEZ: <i>Frente a lo 'feudal': territorialidad y temporalidad(es) en las negociaciones de límites entre España y Portugal</i>	107
Ismael GARCÍA CÁCERES: <i>La Marca Hispánica de Pedro de Marca y sus implicaciones políticas, territoriales e historiográficas</i>	135
Ana Belén GALLARDO BRONCANO: <i>Desvaneciendo el pasado: el porvenir de la razón ilustrada y la revolución transformadora</i>	161
Jacob CLAVEL SÁNCHEZ: <i>Gobernanza global y temporalidades: una perspectiva china</i>	195

III. EXPLORANDO LAS COORDENADAS DEL TIEMPO

Atilana GUERRERO SÁNCHEZ: <i>La Filosofía de la Historia del Materialismo Filosófico</i>	219
David HERNÁNDEZ JIMÉNEZ: <i>'Tempus cyclicus et tempus linealis': la concepción del tiempo en el mundo grecorromano y cristiano</i>	241
Fernando PÉREZ LÓPEZ: <i>Bosquejo de una teoría de relaciones sobre los términos: historia, memoria, política</i>	267
Eduardo CORDERO SÁNCHEZ: <i>El eterno retorno en Friedrich Nietzsche</i>	289

PRESENTACIÓN

El concepto de tiempo y los usos que se hacen del mismo, varían dependiendo de las sociedades humanas o incluso de las diferentes perspectivas desde las que se aborde. Historiadores, sociólogos, físicos o filósofos entienden el tiempo de maneras diferentes y, en consecuencia, lo estudian y analizan desde ópticas variadas. Con el afán de poner en común visiones que suelen transitar distintos caminos, pero que son complementarias entre sí y juntas pueden ofrecer una imagen más rica sobre el tema en cuestión, desde el Departamento de Historia de la Universidad de Extremadura quisimos reunir especialistas en distintas áreas que mostrasen las tendencias más actuales en cada una de sus disciplinas.

Los días 27 y 28 de abril de 2023, en la Facultad de Filosofía y Letras, sita en Cáceres, pusimos la primera piedra para alcanzar este objetivo con la celebración del evento científico titulado *Cronos en el diván: I congreso internacional sobre funciones y concepciones del tiempo a través de la historia*, al que asistieron historiadores, arqueólogos, sociólogos y filósofos, procedentes de distintas instituciones como la Universidade de Santiago de Compostela, la Universitat de València, la Universidad Autónoma de Madrid, la Universidad Carlos III de Madrid, la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad de Salamanca, la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea o la Universidad de Granada. Como resultado de este encuentro surge esta monografía, diversa en sus formas y contenidos, pero con un hilo conductor que lo dota de sentido.

Por su afinidad temática, agrupamos las distintas aportaciones de los investigadores que colaboran en esta obra en tres bloques: un primero titulado *Entrelazando hilos: el tiempo, la memoria y la construcción de la Historia*, un segundo denominado *Prácticas y experiencias de la temporalidad* y un tercero bajo el nombre de *Explorando las coordenadas del tiempo*.

En el primero, desde la reflexión historiográfica, los autores abordan la relación entre temporalidades y la construcción de memorias colecti-

vas. Comienza Mario Pedro Díaz Barrado (UEX), quien con su texto *Historia, tiempo y memoria: cómo se percibe el tiempo y cómo cambia el pasado*, analiza las relaciones entre los tres conceptos que dan título a su aportación. Israel Sanmartín Barros (USC), con su aportación *La “sobreinterpretación” en la comprensión de los fines de la historia medievales y contemporáneos*, estudia la configuración de dos sociedades ideales entendidas como «fines de la Historia» que representan diferentes presentes. Marc Sorribas Vilarrocha (UV) escribe en esta monografía un capítulo llamado *Pensar históricamente la relación entre pasado y presente. Una mirada desde los usos públicos de la historia*, en la que analiza la potencialidad sociopolítica de los usos del tiempo en el periodo moderno. Por último, Sergio Riesco Roche (UAM) escribe *Tiempo y memoria en la obra de Julio Aróstegui*, analizando la contribución historiográfica de este autor.

El segundo bloque centra su atención sobre las prácticas de las temporalidades. Diego Vicente Sánchez (UEX) escribe un texto titulado *Frente a lo ‘feudal’: territorialidad y temporalidad(es) en las negociaciones de límites entre España y Portugal*, en el que estudia la contraposición de los conceptos progreso/feudalismo en la construcción del Estado nación. Ismael García Cáceres (UC3M), con su texto *La Marca Hispánica de Pedro de Marca y sus implicaciones políticas, territoriales e historiográficas*, analiza las temporalidades insertas en la construcción de fronteras políticas e identitarias. Ana Belén Gallardo Broncano (UEX), contribuye con *Desvaneciendo el pasado: el porvenir de la razón ilustrada y la revolución transformadora*, en la que aborda la percepción de la temporalidad en la Revolución Francesa desde las prácticas sociales. Jacob Clavel Sánchez (UEX), con *Gobernanza global y temporalidades: una perspectiva china*, expone la evolución de las concepciones del tiempo en este país asiático.

El tercer y último bloque conjuga aportaciones desde la perspectiva de la Historia de la Filosofía. Atilana Guerrero Sánchez, en su texto *Sobre la Filosofía de la Historia del Materialismo Filosófico*, realiza un recorrido por la obra de Gustavo Bueno. David Hernández Jiménez (USAL) aporta el capítulo titulado *‘Tempus cyclicus et tempus linealis’: la concepción del tiempo en el mundo grecorromano y cristiano*, en el que contrapone las visiones clásica y

cristiana del tiempo, así como sus formas de organizarlo. Fernando Pérez López (UEX), escribe *Bosquejo de un modelo de relaciones sobre los términos: historia, memoria y política*, en el que analiza las relaciones entre estos tres conceptos. Por último, Eduardo Cordero Sánchez (USAL) nos habla sobre la concepción del tiempo en la obra de Nietzsche en su texto *El eterno retorno en Friedrich Nietzsche*.

El conjunto de estas aportaciones adquiere el compromiso de abordar y dar forma a cuestiones tan complejas y diversas como las múltiples manifestaciones y conceptualizaciones de la temporalidad y su uso a lo largo de la historia. Esperamos que estas páginas sirvan de respuesta a los objetivos planteados e inciten nuevos acercamientos a esta temática tan apasionante.

LOS EDITORES DEL LIBRO.

Cáceres, 29 de noviembre de 2023.

INTRODUCCIÓN. EL DOMINIO DE CRONOS

El tiempo es la mezcla sutil de novedad y permanencia. Sentimos que el tiempo vuela cuando todo a nuestro alrededor se transforma, y las horas parecen minutos, y los minutos segundos. A más novedad, menos tiempo consumido, fugacidad absoluta. Los instantes, así, se desvanecen y nada queda. El tiempo de la fiesta, el del viaje, el de la conversación fluida con los amigos, el del recreo infantil, con el juego continuo y la invención constante. Ese tiempo pronto pasa.

Pero no siempre es así, también está el tiempo de la espera, el del aburrimiento, cuando los minutos parecen horas y las horas días. En ese tiempo nada parece cambiar, nuestro entorno sigue igual, prima la permanencia sobre la novedad, pues las transformaciones están separadas por largos periodos donde nada ocurre. Si el tiempo fugaz nos traslada a la juventud, el estático garantiza la vejez, donde todo se ralentiza y parece eterno, pues no experimentamos cambios.

La vida se hace de instantes que, cuando son agradables, queremos atrapar para siempre. Pero eso no es posible, porque la existencia es equilibrio dinámico entre el cambio y la continuidad. Existimos combinando ambos fenómenos, mezclándolos en un movimiento sutil que recuerda a la precaria verticalidad del funambulista sobre la cuerda floja.

Las transformaciones que se suceden en nuestra vida –cada día, cada hora– emergen y se disipan sobre un tapiz de continuidades, de líneas que perduran; sobre un decorado que permanece. Por eso el espejo ejemplifica a la perfección su transcurrir: la persona que ahora soy ya no tiene el aspecto del niño que fui, los cambios son evidentes; pero ahí siguen los ojos, la mirada del pequeño, la sonrisa del principio. En el presente palpitan briznas de pasado.

El tiempo es irreversible, no el de la fórmula matemática, no el que sirve de modelo para estudiar los cuerpos celestes. Hablo del tiempo experimentado, del vivido, del histórico, del tiempo real que parece una flecha lanzada

desde el pasado, que atraviesa el presente y apunta hacia la bruma del futuro. Esa flecha, la de la Segunda Ley de la Termodinámica, ya no vuelve hacia atrás y, a medida que caminamos sobre ella, aumenta el desorden, el desgaste, la degeneración. Los físicos llaman a este fenómeno entropía.

El tiempo natural es una flecha irreversible que desgasta sin remedio, pero también es un círculo con cadencias y fenómenos que se repiten: el día y la noche, las estaciones del año, los ritmos circadianos de nuestro organismo. El tiempo es una línea que se enrolla sobre sí misma, porque vivimos en una esfera que da vueltas alrededor del Sol, así que, ¿cómo va a primar sólo la línea recta en el transcurrir del tiempo, si nuestra existencia cabalga a lomos de una elipse sin pausa? Para dibujar el tiempo hay que trazar una espiral.

Pero la existencia es también incertidumbre, bifurcación de senderos, ramificación de caminos entre los que debemos elegir. Estamos condenados a decidir, y esas decisiones producen hechos desde los que emergen situaciones nuevas antes no contempladas. ¿El tiempo es arborescente? No. Es nuestro caminar por el sendero del tiempo —lineal y circular a la vez— el que describe una trayectoria ramificada, al elegir entre una opción u otra. Lo arborescente no es el tiempo, sino nuestra vida, la trayectoria que trazamos mientras somos arrastrados por su corriente.

Así que imagino el tiempo como una infinita carretera espiral dividida en multitud de carriles, tantos como decisiones vayamos tomando en nuestro caminar. La carretera siempre va hacia delante y se enrosca sobre sí misma ofreciendo regularidades, ciclos, asideros de continuidad, lugares por donde pasamos y que después revisitamos. Los lugares pueden seguir estando, pero nosotros ya no somos los mismos cuando pasamos junto a ellos al recorrer nuestro sendero espiral. La trayectoria que trazamos, al saltar de un carril a otro, es producto de nuestras decisiones y nuestros hechos, íntimamente conectados con las decisiones y los hechos de quienes nos acompañan.

Por tanto, el tiempo es una espiral y nuestra vida una de las muchas trayectorias dentro de ella. También la existencia de una civilización, de un Estado, de un partido político o de una religión camina por esa carretera

“enrollada” trazando múltiples –e interdependientes– trayectorias entre sus carriles.

Al definir el tiempo dibujamos líneas: rectas, circulares, ramificadas, espirales. Siempre que hablamos de tiempo dibujamos sobre el espacio, porque no hay tiempo sin espacio, ambos forman un binomio inseparable, por eso la lechuza Minerva dedica cada uno de sus ojos a escrutar estas dos variables. Einstein ya nos habló de la “curvatura del espacio-tiempo”, sin separar ambos fenómenos, y hay una magnitud que los relaciona: la velocidad. Si queremos estudiar el tiempo, debemos centrar nuestra mirada en la velocidad.

A más velocidad, menos tiempo. La velocidad implica la sucesión vertiginosa de cambios, por eso el tiempo se acorta y envejecemos con lentitud, como el gemelo Viajero de Einstein. Desde la Revolución Industrial, las sociedades han adquirido una velocidad endiablada al dominar la energía, la capacidad de producir movimiento. Los cambios se suceden con rapidez y lo que hoy es noticia, mañana será prehistoria. Fugacidad, instante perdido, un mundo vaporoso donde antiguos asideros –como la verdad– parecen diluirse, y donde la sociedad se vuelve niña, caprichosa, voluble. Es la posmodernidad y el relativismo, el nada vale porque todo vale, envuelto en una sucesión vertiginosa de “pantallas” donde el recuerdo se marchita sin esplendor en la hierba.

Y, sin embargo, la velocidad exige atención máxima, pues un mínimo giro del volante puede desencadenar vueltas de campana. Cuando el tiempo se trocea en instantes tan pequeños hay que operar con la precisión del cirujano, de ahí que la velocidad exija exactitud. Los antiguos coches de caballos no precisaban de relojes que marcaran la velocidad, pero los modernos automóviles colocan ante los ojos del conductor multitud de indicadores donde queda clara cuál es la velocidad del vehículo, siquiera para evitar la multa que arruina el viaje. A más velocidad, más peligro, más riesgo, más cambio, más fugacidad y más medida exacta del tiempo, un tiempo que se acorta.

Es aquí donde Cronos reina, donde domina sin contemplaciones. Hay que diferenciar entre Tiempo y Cronos. El primero ha sido descrito en los

párrafos anteriores, el segundo mide al primero, lo trocea, aplicándole la escuadra y el cartabón; lo domestica y estabula. Cronos supone la medida del tiempo, más exacta y tiránica cuanto mayor es la velocidad de las sociedades y de los cambios históricos.

Los hombres siempre midieron el tiempo. Medir es ordenar, aplicar una cuadrícula al entorno para que éste no nos domine, para que no nos gane la partida por la supervivencia. Si queríamos adaptarnos al entorno, teníamos que ordenarlo, por eso desde el Neolítico cercamos tierras y estabulamos animales, por eso trazamos lindes para separar “lo mío” de “lo tuyo”. Esas lindes, esos pedazos que dibujábamos en el territorio, pronto se trasladaron al tiempo. Recuérdese que espacio y tiempo se entrelazan, por eso al operar sobre uno influimos en el otro. Troceamos el espacio y pronto empezamos a trocear el tiempo, inventando relojes.

El reloj es un “arado de tiempo”, pues establece lindes en el acontecer a las que llamamos horas, minutos, segundos... Si el arado traza líneas en la tierra, el reloj lo hace sobre el tiempo. Al principio esas líneas fueron vagas, aproximadas, y seguían el comportamiento circular del tiempo, como el reloj de sol. Dependiendo del punto sobre el que colocáramos este reloj, una hora en la Patagonia tendría distinta duración de una hora en la Península Ibérica. Y ni siquiera en todos los lugares de la Península Ibérica una “hora solar” duraría lo mismo. Este orden imperfecto de los primeros relojes sirvió para que el hombre pudiera adaptarse a su entorno, planificando sus actividades a lo largo del día o previendo, aproximadamente, el periodo óptimo de siembra y de cosecha. Los “relojes circulares” fueron ganando en precisión, liberándose poco a poco de los ciclos impuestos por la naturaleza. Y así, ante la imposibilidad del reloj de sol para “contar el tiempo” durante la noche, se inventó el reloj de arena, también circular porque precisaba de un giro de muñeca para ponerlo en marcha.

Cuando los contactos comerciales fueron más fluidos y la Revolución Industrial, acompañada del ferrocarril, precisó de un horario estandarizado para fijar la llegada y salida de los productos, el triunfo de Cronos se hizo inevitable. Los relojes ganaron exactitud y los viejos rudimentos —la sombra que marcaba la hora, la arena cayendo por un cristal estrangulado—

dieron paso a ruedas dentadas que marcaban con nitidez segundos, minutos y horas. Antes de la Revolución Industrial, esos relojes de ruedas dentadas fueron introducidos en Europa por los monjes medievales, que necesitaban fijar las horas de la oración y del trabajo. El dogma religioso imponía un dominio del tiempo que llegó con los primeros relojes de aguja, esos que, a base de campanadas, ordenaban la vida de la comunidad.

Avanzado el siglo XIX, la estandarización del tiempo generó conflictos, pues algunas comunidades se aferraban a las medidas que siempre habían conocido. Los tiempos locales luchaban contra el Cronos universal, y así, los ciudadanos de Bristol protestaron contra la hora estandarizada que fijaba Greenwich, un barrio de Londres. El mediodía de Londres no coincidía con el de Bristol, pero los trenes que llegaban a Bristol desde Londres lo hacían al mediodía de la capital, donde se había fijado el horario para todo el Reino Unido. “Nos han robado nuestro mediodía”, gritaban algunos rebeldes de Bristol, y por su empeñamiento se consiguió una victoria testimonial. En la fachada del *Corn Exchange*, la gran lonja de la ciudad, luce un reloj donde podemos ver, junto a las dos agujas que señalan la hora y los minutos de Greenwich, otra de color rojo que marca “la hora de Bristol”.

El dominio del entorno implica, paradójicamente, nuevas formas de dependencia. A través de nuestro móvil compramos y vendemos, somos capaces de conectar la luz de nuestra casa, la calefacción o el aire acondicionado. Nos rodea una tecnología tan potente que, durante siglos, nuestro dominio del entorno ha ido perfeccionándose. Pero ese “perfecto” dominio nos ha aislado. ¿Cuánto tiempo seríamos capaces de sobrevivir en una intrincada selva sin los ingenios que nos permiten “dominar” la naturaleza? Por tanto, acabamos dependiendo de la tecnología. Aquella herramienta que servía para dominar nos esclaviza. Pinocho manda sobre Gpetto, por eso acabamos siendo esclavos de Cronos a medida que nuestra sociedad gana en velocidad.

“No hay peor ladrón que el que nos roba nuestro tiempo”, dijo Napoleón; y por eso, celosos, compartimentamos el día con nitidez siguiendo criterios temporales. Nos pagan el trabajo por horas, las clases que damos

en la Universidad se computan en créditos, equivalentes a un determinado número de horas. Así se organizan los grados, los másteres, toda titulación universitaria. Y así, también, decimos en nuestra vida cotidiana que “no tenemos tiempo”. Pero no es el tiempo el que nos asfixia, es Cronos quien nos tiraniza; es la medida exacta y nítida de ese tiempo la que nos determina pautas y hasta comportamientos.

Por eso un anarquista, a finales del siglo XIX, decidió volar el observatorio de Greenwich, centro a partir del cual se definió la hora estandarizada a nivel mundial. No quería ser esclavo de Cronos, pero su bomba estalló antes de perpetrar el atentado, y él mismo saltó por los aires, sin tiempo para rectificar su acción.

A lo largo de las páginas que componen este libro, el lector podrá observar cómo Cronos ha sido una herramienta de poder y control social a lo largo de la Historia. Ese es el objetivo principal de los estudios que aquí publicamos: observar cómo y por qué la medida del tiempo se ha convertido en un actor principal de la Historia, capaz de intervenir en la organización social, cultural, económica y política de las civilizaciones.

Resulta una paradoja que la materia prima del devenir histórico, el tiempo, no haya concitado mucho interés entre los historiadores. Hay estudios de sociólogos, filósofos y psicólogos, casi todos estadounidenses y británicos, que se han preocupado por analizar cómo la medida del tiempo ha influido en las sociedades, pero en esos estudios hay pocas firmas de historiadores. Este libro pretende ser una humilde aportación a este riquísimo ámbito de estudio, complejo y atractivo como pocos, que apenas ha interesado a nuestra historiografía. Ya va siendo hora –otra vez Cronos y sus urgencias– de que añadamos un asunto más a la agenda de quienes nos dedicamos a estudiar el pasado.

Dado que Cronos es un tema transversal, en este libro participan expertos en Historia Medieval, Moderna, Contemporánea, Filosofía, Historiografía, Arqueología... Podrá observar el lector variados enfoques, jugosas aportaciones, en un terreno escasamente roturado.

Entre el 20 de noviembre y el 15 de diciembre de 2023 se celebrará, en Dubai, la Conferencia Mundial de Radiocomunicaciones. Aquí se planteará una cuestión de gran importancia para nuestra Historia: abandonar definitivamente cualquier cómputo del tiempo basado en los ciclos de la naturaleza y aceptar lo marcado por el reloj atómico, el último y más preciso creado por el hombre.

El primer reloj atómico data de 1950, su funcionamiento se basa en las oscilaciones de un átomo de cesio inserto en una maquinaria estanca, totalmente aislada para evitar perturbaciones. Siguiendo ese movimiento, un segundo ya no sería una fracción de la órbita de la Tierra, como ocurre en los relojes convencionales, sino un número específico de las oscilaciones del átomo de cesio en el nuevo reloj. Así pues, este reloj atómico, tan hermético, nos va alejando del movimiento natural de nuestro planeta, del tiempo trazado por la rotación y traslación de la Tierra. ¿Nos acercamos, por tanto, a la victoria definitiva de Cronos sobre el tiempo natural? Puede, pero ni siquiera el perfeccionamiento de este reloj atómico y su asunción como medida universal del tiempo provocará la total victoria de Cronos.

Los cuatrocientos relojes atómicos que hoy existen nos dan el Tiempo Atómico Universal, surgido del promedio de todos ellos, que a su vez sirve como base del Tiempo Universal Coordinado por el que nos regimos a nivel planetario. Pues bien, a pesar de tan implacable exactitud, aparentemente alejada de los ritmos naturales, las autoridades que definen el Tiempo Universal Coordinado han de añadir cada pocos años un segundo a esa medida estándar para adaptarla a la rotación de la Tierra. La naturaleza, por tanto, se resiste a ser relegada por la exactitud de la tecnología creada por el hombre. El Tiempo combate así a Cronos. Una historia fascinante que acompaña a nuestra especie desde su origen.

Cáceres, 17 de octubre de 2023

Alfonso Pinilla García
Universidad de Extremadura